



Autorretrato de un aforista*



MARIO ANDREA RIGONI

(Traducción de Fabrizio Cossalter)

Empecé a escribir aforismos por un fracaso espiritual –por un vacío que se había abierto en mi conocimiento no menos que en mi vida–. El acontecimiento capital de mi primerísima juventud había sido la pérdida, acompañada por un dolor y por una angustia que hubieran podido llevarme al suicidio, de cualquier certidumbre y de cualquier fe: ante todo, de la religiosa, en la que había sido educado. Tratando de recomponer sobre otras bases la unidad de un mundo quebrado, me había orientado hacia los orígenes de nuestra historia intelectual: titubeante entre la literatura y la filosofía, pero de todas formas incapaz de renunciar al vicio de las ideas, me había aficionado a la lectura de Platón. Estimulado también por las conversaciones diuturnas con algunos amigos, quería escribir un ensayo sobre la figura y la obra extraordinarias de ese pensador, que eran –como es sabido– las de un escritor y de un poeta no menos grandes. Pero cuando comencé a hacerlo me di cuenta de que el trabajo seguía obstinadamente fragmentado e inacabado, precisamente por la dificultad objetiva que conllevaba el intento de disponer en una totalidad coherente y determinada el conocimiento platónico en sus varios aspectos (metafísico, religioso, político y estético): indudablemente, ésta tendía de todas maneras a una circularidad ideal, pero al mismo tiempo mostraba que el círculo nunca se cerraría.

Platón tenía –creo que aún la tiene– fama de filósofo sistemático, dogmático, autoritario y totalitario; sin embargo, la experiencia que hacía de su dialéctica viva, móvil, cambiante, indicaba lo opuesto, porque era mucho más fértil en problemas que en soluciones, en interrogantes que en certezas, en *impasses* que en

salidas. Más tarde, me enteré de que precisamente ésta era la razón de la importancia, de la fascinación y de la perenne actualidad que Platón había adquirido no sólo ante mis ojos, sino también ante los de muchos otros lectores. Según uno de sus grandes intérpretes, el estadounidense Harold Cherniss, hasta la teoría de las ideas no sería sino una sublime hipótesis. Como tal fue entendida en unas páginas geniales del *Zibaldone* (1898) por Giacomo Leopardi, quien desde luego no creía en los modelos ultramundanos sino que distinguía en ellos la única posibilidad de salvación metafísica del mundo, admirado de cómo “un antiguo haya podido llegar hasta el último fondo de la abstracción”. De la misma manera, Leopardi pudo escribir un paradójico himno a la “mujer que no se encuentra” en la última de sus *Canzoni* (1823).

La irreductibilidad del pensamiento, del método y del estilo de Platón a una técnica, la cuestión de la trascendencia absoluta del Uno respecto al ser, la multiplicidad de las soluciones propuestas o planteadas para el problema político y el fracaso del experimento de gobierno intentado con Dionisio II en Siracusa, me parecían –y me siguen pareciendo– otros tantos signos y síntomas de una dialéctica –hoy en día podríamos decir, con una palabra menos venusta, de un experimento– que se rebela a la definición y al sistema. Entre la resignación y el orgullo, no me quedaba, pues, sino redactar en forma aforística mis reflexiones sobre Platón. En mi primer libro, *Variazioni sull'impossibile* (1993), el capítulo introductorio acoge, entonces, bajo un título irónicamente tradicional y académico, “Platónica”, los pecios de un pequeño naufragio gnoseológico, mas reivindicados al mismo tiempo como las únicas formas posibles de

lo auténtico. Cuando publiqué ese libro en Francia, Emil Cioran, cariñosamente preocupado por la respuesta editorial que podría tener, observó que no había que empezar un libro con las cosas más difíciles. Tenía razón, naturalmente, pero preferí mantener los fragmentos platónicos al comienzo del volumen porque para mí representaban de verdad un principio, una insignia, casi diría un emblema filosófico: lo que en esas pocas páginas era referido a Platón como cuestión supuestamente particular y específica se podía extender en realidad a toda la experiencia como *variación sobre lo imposible*.

En efecto, el resto del libro, si no es una simple consecuencia, ciertamente comparte las premisas y las conclusiones de esos fragmentos iniciales. Componiendo el libro, me convencía cada vez más de los asertos de Friedrich Schlegel y de Friedrich Nietzsche, no por casualidad dos grandes escritores de fragmentos y dos grandes padres de lo moderno. Schlegel afirmaba que las obras antiguas son fragmentarias por las destrucciones causadas por el tiempo, que las modernas lo son ya al nacer. Nietzsche añadía que “la voluntad de sistema es una falta de honestidad” y profesaba la ambición de “decir en diez proposiciones lo que cualquier otro dice en un libro –lo que cualquier otro *no* dice en un libro–”. De esa manera, llegaba al corazón mismo del aforismo, enunciando no sólo un género ideal de concisión estilística, sino también un preciso intento de alumbrar, como un relámpago, unas verdades que el ojo común rehúye, contrasta o disfraza. El escritor de aforismos, aunque sea un devoto o incluso un fanático del estilo, es animado ante todo por la preocupación, o más bien, por la obsesión de la verdad, aunque sea la verdad de que no existe ninguna verdad. Es eso lo que de todas formas convierte al escritor de aforismos en un moralista *malgré lui*. Por otro lado, se rehúsa rebajarse a la explicación no sólo por razones de *politesse* y de elegancia, sino también porque cree que la intuición es superior a la demostración y al discurso. Tal principio ha sido el fundamento de una tradición milenaria –la tradición neoplatónica–, pero ha llegado, transformado, hasta el romanticismo, y por tanto hasta nosotros. Personalmente, debo admitir que si durante cierto tiempo me he apasionado por

la historia del pensamiento simbólico y, en particular, por la interpretación neoplatónica del jeroglífico, por los emblemas y por las empresas, una de las razones ha sido tal vez ésta. Desde luego, la primacía del conocimiento intuitivo se apoyaba sobre un presupuesto metafísico-teológico al que nos hemos vuelto totalmente ajenos, pero no por ello ha perdido su valor, su sentido y su vitalidad, así como la primacía del sujeto y del yo no se ha agotado con el fin del idealismo filosófico. También los místicos sin fe en los que nos hemos convertido podemos cultivar la intuición. El propio Leopardi, que era un materialista puro, reivindicaba la superioridad del poeta lírico, capaz de descubrir, a través de iluminaciones imprevistas, unas verdades “detrás de las cuales el filósofo exacto, paciente, geométrico, se cansa en balde toda la vida a fuerza de análisis y de síntesis”. ¿No es ésa la razón por la que él expresó su pensamiento en esa forma aforística que se refleja en el título mismo de su inacabado e inacabable cartapacio, el *Zibaldone di pensieri*?

Puede ocurrir que esta forma parezca también la más apta para capturar la fisonomía de un objeto o de un tema más localizado y específico, aunque amplio o incluso inmenso. Mi segundo libro de fragmentos y aforismos está dedicado a Estados Unidos. También en este caso he sido inducido a elegir la forma fragmentaria, tanto porque ese país es un auténtico mosaico de paisajes, de pueblos, de situaciones, reacio a una síntesis acabada, como porque la *ojeada*, traducida en la notación a la vez rápida y emblemática, me parecía el medio más adecuado para evocar los rasgos de esa grandiosa complejidad. En una página de W.H. Auden, referida, por casualidad, justamente al libro-reportaje de Henry James sobre Estados Unidos, *The American Scene*, hallé otra apología de la ojeada, que desde luego no garantiza el buen resultado pero cuando menos defiende la necesidad o la oportunidad del método: “Para captar el carácter de una sociedad, así como para juzgar el de un individuo, no hay documento, investigación estadística o dato ‘objetivo’ que valgan la intuición de una ojeada individual. La intuición se puede equivocar porque, si bien la validez de su juicio, como dice Pascal, es solamente una cuestión de buena vista, ésta ha de

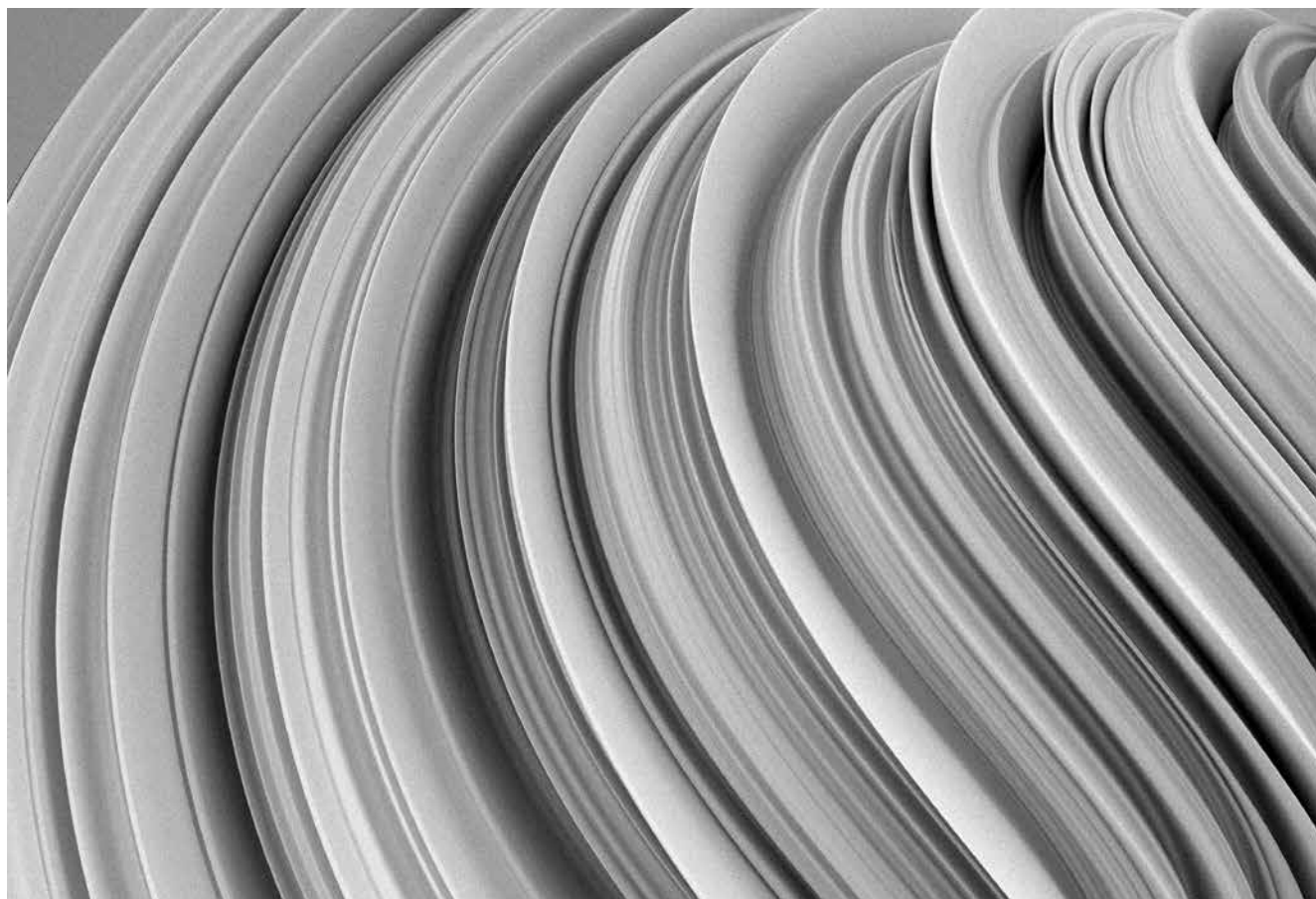
ser buena de verdad, pues los principios son sutiles y numerosos y la omisión de uno solo de ellos lleva al error; pero la documentación, que es inútil si no es completa, no puede sino equivocarse en un campo en el que la compleción es imposible”.

Sin embargo, no se puede esconder que la vocación aforística procede de razones psicológicas, y hasta biológicas, así como cognoscitivas y estilísticas. La ojeada, alabada por Leopardi y por Auden, entre otros, difícilmente se puede separar de la característica –no diré de la cualidad– de la rapidez: rapidez de concepción y rapidez de ejecución, que no excluye y no contradice el largo trabajo de lima. Por lo que a mí me atañe, en el movimiento sincopado de la escritura aforística percibo el ritmo mismo de mi personalidad, incapaz o intolerante frente al desarrollo regular y continuo, propensa, en cambio, a la explosión y, por lo tanto, siempre dividida entre la estasis y el frenesí. No quiero generalizar mis rasgos individuales, pero me resulta difícil imaginar a un escritor de aforismos flemático y con bradicardia. De

todas formas, yo soy lo contrario. La nerviosidad de mi estructura psicofísica se refleja en todo lo que soy y en todo lo que hago. No puedo caminar lentamente, ni siquiera si no tengo que ir a ningún lado. No soy un fumador de pipa, un adepto de su tranquilo ceremonial, sino un enamorado perdido del cigarrillo, manejable y rápido, convulso e intermitente. Me gusta el póker, no el bridge; el azar, más que el cálculo y la reflexión. En el fútbol, practicado de muchacho, era un extremo, y de todas formas un delantero; en el atletismo, un velocista puro, no un fondista.

Siempre llevamos con nosotros nuestra personalidad, que es única en todas sus manifestaciones. Si, como lector, no desprecio el cuento y el comentario, el tratado y la explicación, como escritor prefiero el fragmento iluminante: no creo que lo que se muestra deba ser demostrado. ●

* De *Vanidad*, México, Ai Trani, 2017 (“Notas sin Texto”). Editado para el presente número de *Inundación Castálida*.



Fotografía: Pawel Czerwinski